

insigne obra, hoy despiezada, en la que intervienen Narciso Tomé y su primo Simón Gavilán Tomé, con lo cual León se pone en contacto con los círculos toledanos y salmantinos. De este retablo hace el autor un cumplido seguimiento de su génesis, y analiza su estela en el medio leonés.

En resumen, la obra, que se completa con dibujos y plantas de algunos ejemplos significativos y una cuidada colección de reproducciones fotográficas, está muy bien elaborada y está abierta a las consultas de los estudiosos del retablo barroco, para un mejor conocimiento de la época en que se desarrollaron.—JESUS MARIA PARRADO DEL OLMO.

Juan José MARTIN GONZALEZ: *El escultor en palacio (Viaje a través de la escultura de los Austrias)*, Editorial Gredos, Madrid, 1991. 297 páginas, numerosos fotograbados en negro y color dentro del texto.

Cuando se habla de Arte, y en particular de Arte regio, se suele centrar la atención en la Arquitectura y la Pintura. La Escultura se presenta entonces como una hermana menor de las anteriores, por creerse erróneamente que tuvo escasa relevancia en el ámbito palaciego. En el libro que aquí se comenta, el Prof. Martín González revela la gran importancia que tuvo la presencia de la plástica escultórica en la Corte de la dinastía de los Habsburgo. Nadie más cualificado que él para llenar el vacío historiográfico existente sobre esta materia, dada su larga experiencia en el estudio del arte áulico del Siglo de Oro y, sobre todo, de la escultura española.

Para llevar a cabo su investigación, el autor se ha valido de documentos publicados con anterioridad, especialmente de los inventarios de bienes que se levantaron a la muerte de los reyes. Pero a estos datos conocidos, ha sumado una ingente cantidad de otros nuevos, obtenidos en sus propias búsquedas documentales, entre los que destacan los inventarios de obras de arte de miembros de la familia real que se distinguieron por su gusto coleccionista, como María de Hungría o el príncipe don Carlos.

El recorrido por las colecciones escultóricas de propiedad real comienza con la de Isabel la Católica, que resulta extraordinariamente significativa como punto de referencia de lo que sucederá más adelante, ya que en ella la Escultura aparece casi exclusivamente bajo la forma de piezas religiosas o devocionales, lo mismo que en la de su hija Juana. Subraya Martín González cómo a partir del reinado de Carlos V este Arte comienza a cobrar una dimensión profana, de frecuente intencionalidad política, como se manifiesta en la decoración escultórica de ciertos ámbitos reales. La heráldica, la mitología, la alegoría y la Historia, tanto la clásica como la reciente, se fusionan para proclamar las *auctoritas* imperial. La época de Carlos V supone también la incorporación definitiva del escultor al servicio de la Corte, lo que tiene su máximo exponente en el italiano Leon Leoni, y más tarde, en su hijo Pompeyo. Ambos realizan una amplia galería de retratos de miembros de la familia real, entre los que cabría incluir los que componen los grupos funerarios del Emperador y de Felipe II en El Escorial. El inusitado desarrollo de este género resulta revelador de las intenciones autoglorificadoras de ambos monarcas. Por otra parte, en el haber de Leoni padre también se encuentra la defensa de la dignidad de la práctica escultórica con respecto a las otras actividades artísticas.

A partir del reinado de Felipe II se registra un decidido fomento de las Artes, y entre ellas la Escultura, al servicio real. En el de Felipe III hay un cierto paréntesis en este proceso, pero en el de Felipe IV resurge con una pujanza difícilmente equiparable. Es el momento de la construcción y amueblamiento artístico del palacio del Buen Retiro, pero también de

la redecoración del viejo Alcázar madrileño, de la que se ocupó Velázquez. Su viaje a Italia durante los años de 1649-51 suministró muchas de las esculturas que pasaron a formar parte del patrimonio real, entre las que se contaron obras de autores contemporáneos y esculturas de la Antigüedad clásica, originales o copias vaciadas en bronce. Otra vía de llegada de obras italianas, antiguas o modernas, a las colecciones reales, ya en uso desde época de Felipe II, fueron los regalos enviados por príncipes, cardenales, o el mismo Papa a los soberanos españoles. Entre ellas figuraron estatuas plenas de significado político, como fueron las series de bustos de emperadores romanos, cuya presencia en palacio reforzaba la gloria de la monarquía hispana, o las esculturas ecuestres de Felipe III y Felipe IV. Estos frecuentes contactos con Italia permitieron que se incorporaran al patrimonio real obras de extraordinaria calidad, salidas de las manos de Juan de Bolonia, Cellini, Bernini, Algardi o Tacca.

Al examinar la escultura cortesana, Martín González incluye también la que se encontraba en las capillas palaciegas y en los jardines de los Sitios Reales. En estos últimos se localizaron algunas de las más felices expresiones del arte escultórico.

Otro de los temas abordados por el autor es el de los escultores que trabajaron al servicio del rey, de los que se proporcionan abundantes datos nuevos sobre su *status*, personalidad y forma de acceso al cargo.

A lo largo de las páginas de este libro se citan innumerables esculturas, que son además identificadas y enjuiciadas en su valor artístico. La existencia de algunas de ellas sale a la luz ahora por vez primera. Una de las cuestiones más interesantes que se han abordado es el examen de la función que cumplieron estas obras y el significado simbólico que tuvieron en el contexto palaciego en el que estuvieron colocadas. No se ha dejado de lado tampoco el valor material con el que fueron tasadas, que se adecuaba al material en el que estuvieron realizadas, de naturaleza noble en su mayoría (bronce, mármol, marfil), como correspondía a sus propietarios, aunque también se registran esculturas en yeso, terracota y madera policromada. Por otra parte, el predominio de géneros como el retrato y la Mitología vienen a destruir el tópico de la exclusividad de la temática religiosa en la escultura española, al menos en lo que al ámbito áulico se refiere.

Martín González deja claramente demostrado con este libro que, sin la aportación de la Escultura, no habría podido llevarse a cabo el programa propagandístico del poder de la monarquía española que presidió la decoración palaciega, sobre todo en época de Felipe IV, tanto en lo que se refiere al contenido como a su distribución. Pese a la abundancia y calidad de las obras dadas a conocer por el autor, éste no se ha dejado deslumbrar. Acertadamente, ha sabido ponderar los datos en sus justos términos, pues si a menudo la Escultura vino a ser un complemento de la Pintura, también es cierto que hubo ocasiones en las que aquélla brilló con plena coherencia y autonomía.—MARIA JOSE REDONDO CANTERA.

M. I. Vicente MAROTO, M. Esteban PIÑEIRO: *Aspectos de la ciencia aplicada en la España del Siglo de Oro*. Estudios de Historia de la Ciencia y de la Técnica, n.º 5, Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León. Salamanca, 1991.

Los autores de este libro sobre la ciencia aplicada a la cosmografía, la arquitectura y la ingeniería en el Siglo de Oro, aparte de su profesión científica, tienen una formación humanística y paleográfica, algo que es indispensable si se quiere investigar seriamente en una época como los siglos XVI y XVII. El resultado es que, junto a una amena exposición histórica, añaden el rigor de los documentos transcritos en su integridad en los apéndices docu-